

mo el foco del fanatismo, (1) y habiéndose arrendado la percepción de los tributos impuestos á los cristianos, estos tuvieron que pagar mucho más que ántes. (2) Sin embargo el ardor de los exaltados no se entibió, y mientras que los que se apellidaban mártires continuaban entregando espontáneamente sus cabezas al verdugo, (3) Álvaro y Eulogio continuaban defendiéndolos contra los moderados. El primero escribió con este objeto su «Indiculus luminosus,» el segundo su Apología de los mártires. Semejantes alegaciones eran necesarias en Córdoba, allí sumisos y pacientes los cristianos, atribuían sus sufrimientos mas bien á la conducta insensata de los exaltados que á la intolerancia del sultan. Por el contrario en Toledo y en las ciudades cercanas, los cristianos tenían tanta simpatía por ellos y principalmente por Eulogio, que teniendo los obispos de esta provincia que elegir metropolitano por muerte de Wistremiro, eligieron á Eulogio por unanimidad, y como el sultan le negara su licencia para

(1) Eulogio, «Memor. Sanc.,» L. III, c. 10.

(2) Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 5.

(3) Véase el III, libro del «Memor. Santct.,» y la «Apología Mártirum.»

ir á Toledo, los obispos persistiendo en su resolucion y esperando que se allanaran un dia los obstáculos que se oponian á la ida de Eulogio, prohibieron elegir otro metropolitano mientras viviera. (1)

Á las palabras denigrantes de sus conciudadanos, los exaltados podian oponer el testimonio de afecto y de consideracion que les daban los de Toledo. Bien pronto pudieron prevalerse de la autoridad de dos monjes franceses, que mostraron de un modo inequívoco, que colocaban á los mártires de este tiempo al mismo nivel que á los de los primeros siglos de la Iglesia.

Estos dos monjes que se llamaban Uuardo y Odilardo, y que pertenecian á la Abadía de San German de los Prados, llegaron á Córdoba el año 858. Su Abad, Hilduino, los había enviado á Valencia para que buscaran el cuerpo de S. Vicente, pero informados en el camino de que el cuerpo de este mártir había sido trasportado á Benevento, temian verse obligados á volver sin reliquias, cuando supieron en Barcelona que había habido recientemente mártires en Córdoba. «Lo difícil es llegar allá, les dijeron, pero si lo

(1) Álvarez, «Vita Eulogii,» c. 10.

conseguís, estad seguros de que os han de dar algunas reliquias.»

Viajar por España en esta época era exponerse á todo género de azares y de peligros. Muchas veces era imposible de todo punto. Como los caminos estaban infestados de ladrones, los que querian ir de un lugar á otro, tenian que reunirse y formar una carabana, pero las comunicaciones eran tan pocos frecuentes, y la ocasion de hacerlo se presentaba tan rara vez, que cuando los monjes, resueltos á desafiar todos los peligros por conseguir reliquias, llegaron á Zaragoza, había ocho años que había salido para Córdoba la última carabana de esta ciudad: felizmente para ellos quiso la ventura que por entónces se preparaba á salir una carabana, y se juntaron á ella. Los cristianos de la ciudad, persuadidos de que todos iban á perecer asesinados en alguna angostura, lloraban al despedirlos; pero nada justificó sus temores, y sin mas que las fatigas y las molestias del camino, llegaron sanos y salvos á la capital del imperio musulman, donde les dió hospitalidad un diácono de la iglesia de S. Cipriano. Por mucho tiempo quedaron infructuosos todos los esfuerzos que hicieron para obtener reli-

quias. Un personaje influyente que se tomó por ellos mucho interés, llamado Leovigildo, por sobrenombre Abadsolomos, solicitó para ellos las de Aurelio y Jorge, que se hallaban en el convento de Pinna-Mellaria (1), pero los monjes de este convento las apreciaban tanto que, sin respeto á las órdenes terminantes del obispo Saul se negaron á entregarlas á los franceses: fué preciso que fuera á obligarlos en persona, y aun entónces sostuvieron que no tenía derecho á privarlos de sus reliquias.

Después de haber pasado cerca de dos meses en Córdoba, Usuardo y Odilardo se pusieron en camino para volver á su patria, llevando consigo un enorme paquete dirigido al rey Cárlos el Calvo, porque se quería hacer creer á los musulmanes que este paquete, en que iban los cuerpos de Aurelio y Jorge, no contenían sino presentes destinados al rey de Francia. Esta vez el viaje fué menos difícil y peligroso. El Sultán iba á llevar un ejército contra Toledo, y como todos los cuerpos, excepto los que habían de

(1) Este monasterio, estaba edificado en una montaña donde había colmenas. De ahí su nombre que significa «roca de miel.» Véase á Eulogio, «Memor. Sanct.,» L. III, c. 11.

quedar de guarnicion en la capital, habian recibido orden de ponerse en camino, pudieron los franceses agregarse fácilmente á uno de estos cuerpos. En el campamento volvieron á encontrar á Leovigildo, que los condujo á Toledo. De allí hasta Alcalá de Henares, el camino estaba seguro, porque los señores semi-guerrilleros, semi-bandidos, que de ordinario desbalijaban á los caminantes, habian abandonado sus castillos á la aproximacion del ejército, buscando un refugio tras los muros de Toledo. Ya de vuelta en Francia, los dos monjes depositaron las reliquias que, ya durante el camino habian hecho muchos milagros, en la iglesia de Esmant, lugar que pertenecía á la Abadía de San German y á donde se habian refugiado la mayor parte de los monjes, porque los normandos habian quemado su convento. Trasladadas mas tarde estas reliquias á S. German, fueron expuestas á la veneracion de los fieles de París, é inspiraron tanto interés á Cárlos el Calvo, que encargó á un tal Mancio de ir á Córdoba á recojer noticias exactas de Aurelió y Jorge. (1)

La expedicion contra Toledo que había

(1) Aimoin. «De translatione S. S. Martyrum,» (en la «Esp. Sagr.,» t. X, p. 534-566.

proporcionado á los monjes franceses la ocasion de volver á su pátria, tuvo el resultado que deseaba el Sultan. Este recurrió de nuevo á la estratagema. Habiendo hecho ocupar el puente por sus tropas, hizo que sus ingenieros minasen los pilares sin que los toledanos se apercibieran, y cuando la obra estuvo casi acabada, hizo retirar sus tropas, atrayendo al puente á los toledanos. El puente se hundió de pronto y los soldados enemigos hallaron la muerte entre las ondas del Tajo. (1)

Si algo pudo igualar el dolor que este desastre causó á los toledanos, fué la alegría que produjo en la córte donde se acostumbraban á exagerar triunfos que no tenían nada de decisivo. «El Eterno, decía un poeta cortesano, no podía dejar subsistir un puente destinado á soportar escuadrones de infieles. Privada de sus ciudadanos ha quedado Toledo, triste y desierta como una tumba.» (2)

Poco tiempo despues encontró tambien Mohamed la ocasion de desembarazarse en Córdoba, de su enemigo mortal.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 98, 99, cf.; Nowairi, p. 463; Ibn-Khaldun, fól. 9 r.

(2) Verso de Abbas, ibn-Firnas, «apud.» Mac-cari, t. I, p. 101.

Había entónces en la capital una jóven llamada Leocricia. Hija de padres musulmanes, pero instruida secretamente en los misterios del cristianismo por una religiosa de su familia, acabó por confesar á sus padres que se habia hecho administrar el bautismo. Los padres indignados, despues de haber tratado en vano de volverla con la dulzura á las banderas del Islamismo, comenzaron á maltratarla. Maltratada noche y dia, y temiendo además ser denunciada públicamente como apóstata, pidió un asilo á Eulogio y á su hermana Anulona. Eulogio que acaso sentia despertarse en su corazon el recuerdo de Flora á la que Leocricia se parecía bajo muchos aspectos, le mandó á decir que la ocultaría en cuanto consiguiera escaparse. Esta era la dificultad, pero Leocricia supo vencerla á fuerza de astucia. Fingió haber renegado de la religion cristiana, y vencido su disgusto por los placeres mundanos, y cuando vió á sus padres seguros y tranquilos, salió un dia ricamente ataviada diciendo que iba á una boda, pero en vez de irse á la boda se fué en busca de Eulogio y Anulona que le indicaron como refugio la casa de uno de sus amigos.

Aunque sus padres ayudados por la policía la buscaron por todas partes, Leocricia consiguió al principio escapar á sus persecuciones; pero una vez que habia pasado el dia con Anulona á quien ella quería mucho, hizo la casualidad que el criado encargado de acompañarla por la noche no llegara hasta el amanecer, por lo que temiendo que la conociesen determinó quedarse en casa de Anulona hasta la noche inmediata. Esto fué lo que la perdió. Avisado el Cadí por una espía ó por un traidor de que la jóven que buscaba se hallaba en casa de la hermana de Eulogio, cercáronla los soldados, cumpliendo sus órdenes arrestaron á Leocracia y á Eulogio que estaba con ella y los llevaron ante el Cadí. Éste preguntó á Eulogio, por qué habia ocultado á aquella jóven y Eulogio le respondió: «Se nos ha ordenado predicar y explicar nuestra religion á aquellos que se dirijen á nosotros. Esta jóven ha querido que yo la instruyera y lo he hecho lo mejor que he podido, lo mismo haría con vos si lo solicitáseis.» Como el prosililismo de que Eulogio se confesaba culpable no era un crimen capital, el Cadí se contentó con condenarlo á azotes. Eulogio tomó desde este momento su

partido. Acaso había mas orgullo que valor en su resolucion, pero creyó que para un hombre como él, era cien veces preferible sellar con su sangre los principios que siempre habia profesado á sufrir un castigo ignominioso. «Prepara y afila tu cuchilla, gritó al Cadí, haz que devuelva el alma á mi creador, pero no creas que he de dejar desgarrar mi cuerpo con el azote,» y en seguida homitó un torrente de injurias contra Mahoma. Él creia que sería inmediatamente condenado á muerte, pero el Cadí que respetaba en él al primado electo de España, no quiso tomar sobre sí tan gran responsabilidad y lo mandó conducir á su palacio, á fin de que los visires decidiésen de su suerte.

Introducido Eulogio en la sala del Consejo, uno de los grandes dignatarios del Estado, que lo conocía mucho, y que quería salvarlo, le dirigió estas palabras: «No me admira Eulogio de que maniáticos é idiotas vayan á entregar sin necesidad la cabeza al verdugo, ¿pero es posible que vos, un hombre sensato, y que goza de la estimacion general vayais á seguir su ejemplo? ¿Qué demencia os arrastra, y qué es lo que os lleva á odiar la vida hasta ese punto? Escuchadme,

os losuplico; ceded en este momento á la necesidad, pronunciad una sola palabra y nosotros os prometemos, mis cólegas y yo, que no tendreis nada que temer.» El sentimiento que espresaban estas palabras era el de todos los musulmanes ilustrados que más bien compadecian que odiaban á esos fanáticos, y que sentian verse obligados para cumplir con la ley á enviar al cadalso á infelices que consideraban como locos. Acaso Eulogio, que hasta entónces no había experimentado la sed del martirio, por más que hubiera inducido á buscarlo á otros y que á todo tirar era mas bien un jefe de partido ambicioso que un fanático, conocía en aquel momento que los musulmanes eran ménos bárbaros de lo que había creído, pero conocía tambien que no podía desdecirse sin esponerse al justo menosprecio de su partido. Respondió, pues, como habian respondido sus discípulos, los otros mártires, en circunstancias análogas, y aunque apesar suyo, tuvieron los visires que condenarlo á muerte, en el mismo instante. Eulogio mostró una gran resignacion. Habiéndole abofeteado un eunuco, el sacerdote, tomando á la letra el tan coñocido precepto del Evangelio, le presentó la otra me-

gilla diciéndole: «Pega también aquí,» lo que le unucono se hizo repetir dos veces. En seguida subió al cadalso con gran firmeza, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, pronunció en voz baja una breve oración, puso la cabeza sobre el tajo y recibió el golpe fatal (11 de Marzo de 859.) Cuatro días después, Leocricia, convencida de apostasía, murió también en el patíbulo. (1)

El suplicio del primado electo, causó una sensación profunda, no solo en Córdoba, donde se refirieron en seguida multitud de milagros hechos por las reliquias del Santo, sino en toda España. Muchas crónicas del norte de la Península, que no dicen nada de lo que sucedía en Córdoba, indican con la mayor precisión el año y hasta el día del suplicio de Eulogio, y veinte y cuatro años más tarde, Alfonso, rey de Leon, pactando una tregua con el Sultán Mohamed, estipuló entre otras cláusulas, que se le entregáran los cuerpos de S. Eulogio y de Santa Leocricia.

Privados de su jefe los exaltados, continuaron por algún tiempo blasfemando de Mahoma, á fin de morir en el patíbulo, (2)

(1) Álvaro, «Vita Eulógii,» c. 13-16.

(2) Véase á Sanson, L. I^a, c. 9.

pero poco á poco, como al cabo todo se gasta, el singular entusiasmo que durante tantos años había reinado en Córdoba, sufrió la ley comun, y pasado algun tiempo, ya no quedaba de él mas que la memoria. (a)

Además se entraba en un nuevo período. Los renegados y los cristianos de las montañas de Regio se insurreccionaron. Esta rebelion, ya muy formidable, por sí misma, fué acompañada ó seguida de la de toda la península, y proporcionó á los cristianos de Córdoba la ocasion de demostrar de otra manera su ódio al nombre musulman.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

X.

El viajero que para ir de Córdoba á Málaga, prefiera soportar estóicamente las fatigas y las privaciones de una escursión poética en un pais bello pero salvaje, á el traqueteo de un carruaje en monótonas y aburridas carreteras, atraviesa primero un terreno ondulado y bien cultivado que se estiende hasta el Genil, luego una comarca enteramente llana y unida hasta Campillos. Aquí es donde comienzan las Serranías de Ronda y de Málaga, la parte mas romántica de Andalucía. Ya, salvaje y grandiosa, inspira esta cadena de montañas una

especie de terror poético con sus magestuosos bosques de encinas, de alcornoques y de castaños, sus sombríos y profundos barrancos, sus torrentes que se precipitan con estruendo de precipicio en precipicio, sus antiguos castillos medio arruinados y sus lugares suspendidos en la pared de rocas cortadas á pico, cuyas cimas están desnudas de vegetacion y cuyos costados parecen ennegrecidos y carcomidos por el rayo; ya riente y suave, toma un aire de fiesta con sus viñas, sus prados, sus bosquecillos de almendros, de cerezos, de limoneros, de naranjos, de higueras y de granados, sus florestas de adelfas en que se cuentan mas flores que hojas, sus riachuelos vadeables que serpentean con encantadora coquetería, sus huertos que suministran á casi todo el Mediodía de la Península peros y manzanas, sus sembrados de lino, de cáñamo, y sobre todo de trigo, cuyas espigas dan pan que pasa por ser el mas blanco y mas esquisito del mundo.

El pueblo que habita esta serranía es alegre, decidior, hermoso, ligero é ingenioso, gusta de reir, de cantar, de bailar al son de las castañuelas, de tocar la guitarra ó la bandurria, pero es al mismo tiempo or-

gulloso, quimerista, al par valiente y fanfaron y de un génio tan violento, que casi siempre el golpe mortal sigue á la oblicua mirada de su cólera, y no se dá fiesta sin que resulten dos ó tres heridos. Las mugeres aunque de notable belleza, tienen algo de viril, altas y robustas no se asustan de los trabajos mas penosos, trasportan con facilidad pesados fardos y se les ha visto pelear entre sí.

En tiempo de paz, se ocupan estos montañeses en hacer el contrabando, trayendo mercancías inglesas de Gibraltar y burlando con maravillosa destreza los numerosos empleados de las aduanas: Á veces se reúnen en número suficiente bajo sus jefes mas famosos y descienden al llano para vender sus mercancías y resisten vigorosamente á las tropas enviadas en su persecucion. En tiempo de turbulencias y de discordias civiles, muchos se hacen bandidos y entónces son ó «ladrones» ó «rateros.» Sin ser bandidos de profesion, estos últimos que se reclutan entre pastores, labriegos sin trabajo, jornaleros perezosos, segadores nómadas, posaderos sin parroquianos, y hasta aperadores, roban por aficion y sólo cuando los pasajeros van desprevidos; cuando

los encuentran bien armados y bien acompañados, «el ratero» esconde su retaco, toma sus herramientas y hace como que trabaja. Repartidos por todas partes estos ladrones de baja estofa, están siempre dispuestos á ayudar, ya á los verdaderos ladrones, ya á la policía según las circunstancias, porque como prudentes auxiliares solo ayudan al vencedor. Los verdaderos ladrones que, alistados como los soldados, no van sino á caballo y en cuadrilla son mas reputados.

Así como los «rateros» por miedo de ser descubiertos asesinan muchas veces á los que roban, los «ladrones» no matan mas que al que se defiende; urbanos y respetuosos, sobre todo con las señoras, despojan al viajero con todo miramiento. Léjos de ser menospreciados gozan de gran consideracion entre la multitud. Se alzan contra las leyes, se declaran en rebeldía contra la sociedad, aterrorizan los lugares que explotan, pero gozan de cierto prestigio, tienen cierta grandeza; su audacia, su génio aventurero, su galantería, agradan á las mugeres mas asustadizas; y si caen en manos de la justicia y los ahorcan, su suplicio inspira interés; sin patía, compasion. En nuestros

dias se ha hecho famoso José María como capitán de ladrones, y su memoria vivirá mucho tiempo en la memoria de los andaluces como el ladrón modelo. Una casualidad lo llevó á esta via. Habiendo hecho una muerte en un momento de coraje, huyó á la sierra para escapar á la justicia, y no quedándole mas recurso que vivir de su escopeta, organizó su partida, adquirió caballos y empezó á robar á los caminantes. Bravo, activo, inteligente y perfecto conocedor del país, supò salir bien en todas sus empresas y escapar á las persecuciones de la justicia. En todas partes tenía juramentos, y cuando le hacía falta un hombre para completar la partida, tenía siempre mas de cuarenta entre quienes elegir, tanto se ambicionaba el honor de servir á sus órdenes. Mantenía inteligencia con los mismos magistrados, tanto que en una proclama del Capitan General, las autoridades de cuatro distritos fueron señaladas como sus cómplices. Su poder era tan grande, que dominaba todas las carreteras del Mediodía, y que la Direccion de Correos para obtener libre paso, le pagaba ordinariamente el tributo de una onza por carruage. Gobernaba á su cuadrilla mas arbitrariamente

que ningun soberano á sus súbditos, y sus decisiones estaban inspiradas por un espíritu de justicia salvaje. (1)

En tiempo de guerra estos contrabandistas y estos bandidos acostumbrados á lucha sin tregua con una naturaleza salvaje, son enemigos muy temibles. Ciertó es que son vencidos en los ataques que exigen alguna combinacion; verdad tambien que en el llano no pueden resistir á las sábias manio-bras de las tropas regulares, pero en los senderos escarpados, estrechos y tortuosos de sus montañas, su agilidad y su conoci-miento del terreno les dan sobre los sol-dados una inmensa ventaja. Las tropas francesas tuvieron ocasion de hacer la prue-ba cuando el fantasma del rey colocado por Napoleon en el trono de España intentó so-meter estos intrépidos montañeses á su de-testada autoridad. Cuando los húsares fran-ceses lograban acarrearlos á la llanura, los

(1) Véanse diversos viajes y sobre todo á Roch-fort Scott, «Excursions in the mountains of Ronda and Granada;» de Cutine, «l'Espagne sous Ferdi-nand VII,» carta 50 y 51; Cook, «Sketches of Spain,» cap. 1, y 15; Ford, «Gatherings from Spain,» ch. 16; Merimée, «Lettres adressées d'Espagne» etc., núme-ro III, y la obra de M. de Rocca, que cito más ade-lante.

acuchillaban á centenares, pero en los senderos en Zig-zag, suspendidos al borde de espantosos precipicios, donde sus caballos los embarazaban léjos de serles de alguna utilidad, caian en emboscadas á cada paso. Cuando menos lo esperaban se veian envueltos por una nube de enemigos que tiroteaban sus flancos, y, que sin cesar de hacer fuego, ganaban en seguida la cima de rocas á donde no se les podian perseguir; de modo, que huyendo siempre acababan por destruir columnas enteras, sin que los franceses pudieran tomar venganza. Apesar de los horrores de la guerra no dejaron los serranos de manifestar de cuando en cuando el carácter chancero y burlon que le es natural. En Olvera, donde los húsares habian pedido un becerro, les trajeron un borrico hecho cuartos. Los húsares hallaron que este buey como ellos lo llamaban tenía el gusto un poco soso, y en adelante, los serranos, cuando se tiroteaban con ellos les decian. «Vosotros fúisteis los que os comísteis el asno en Olbera! En su opinion era la injuria mas sangrienta que se puede hacer á un cristiano. (2) (a)

(2) De Rocca, «Memoires sur la guerre des francais en Espagne,» d. 174-259.

(a) Creemos que el autor ha sido tambien vícti-

En el siglo nueve esta provincia que llevaba el nombre de Raya, ó antes de el de Regio (Regio montana, segun toda probabilidad) y cuya capital era Archidona, (1) tenía una poblacion casi exclusivamente española enteramente parecida á la actual, con el mismo carácter y los mismos gustos, los mismo vicios y las mismas virtudes. Algunos de estos montañeses, eran cristianos, otros, el mayor número, musulmanes, pero todos se reconocian españoles, todos tenían un ódio implacable á los opresores de su patria, y apasionados de su independencia, no queriendo que la tiranía extranjerá engordara más tiempo con sus despojos, acechaban todos el momento de sacudir el yugo. Este momento, impacientemente esperado, no podía estar léjos. Los triunfos que diariamente obtenian sus compatriotas en otras provincias, demostraban á los serenos que con valor y audacia no les sería difícil conseguir sus deseos. Ya Toledo estaba libre. Durante veinte años, el Sultán había tratado, en vano, de someterla á su poder. Los cristianos, que habian conser-

ma de la «guasa» al tomar por lo sério la última parte de esta chanzoneta. (N. del Tr.)

(1) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 320-323.

vado su preponderancia en la ciudad, se habian puesto bajo la proteccion del rey de Leon (1) y aunque vendidos por los renegados habian obligado al Sultán en el año 873 á otorgarles un tratado en que se les garantizaba el mantenimiento del gobierno republicano que ellos habian establecido, y una existencia política casi independiente, pues el tratado no los obligaba más que á un tributo anual. (2)

Otro estado independiente se había fundado en Aragon, provincia que entre los árabes llevaba el nombre de la Frontera superior, por una antigua familia visigoda, la de los Ben-Casi. Esta casa se había elevado á tan alto grado de poder, hacía la mitad del siglo IX, gracias á los talentos de Musa II, que estaba al nivel de las casas reales. Cuando Mohamed subió al trono, Muza II era dueño de Zaragoza, de Tudela, de Huesca; de toda la Frontera superior. Toledo había hecho alianza con él y su hijo Lope era un cónsul de esta ciudad. Guerrero intrépido é infatigable, yá volvía

(1) Sebastian, c. 26.

(2) Nowairi, ad ann. 259; Ibn-Adhari, t. II, página 103, 104.

sus armas contra el Conde de Barcelona ó el de Álava, ya contra el de Castilla ó el rey de Francia. Llegado al colmo de la gloria y del poder, respetado y agasajado por todos sus vecinos, aun por el rey de Francia Cárlos el Calvo, que le enviaban magníficos presentes, Muza se daba aires de soberano, sin que nadie se atreviera á contestárselo, y en fin, queriendo serlo de nombre como lo era de hecho, tomó atrevidamente el título de «tercer rey de España.» Después de la muerte de este hombre extraordinario (862) es verdad que el Sultán recobró á Tudela y Zaragoza, pero no le duró mucho su alegría. Diez años después, los hijos de Muza, ayudados por los habitantes de la provincia, que se habían acostumbrado á no tener más señores que los Beni-Casi, arrojaron las tropas del Sultán. Este trató entonces de reducirlos, pero los Beni-Casi secundados por el Rey de León, Alfonso III, que había hecho con ellos tan estrecha alianza, que les había confiado la educación de su hijo Ordoño, rechazaron victoriosamente sus ataques. (1)

(1) Véanse para más detalles mis «Recherches,» t. I, p. 222-226.

Así el Norte estaba libre y aliado contra el Sultán. Por la misma época un audáz renegado de Mérida, Ibn-Merwan (1) fundaba un principado independiente en el Oeste. Entregado al Sultán, después de la sumisión de Mérida, en cuya insurrección había sido uno de los jefes, era capitán de guardias de Corps, cuando en el año de 855 el primer ministro Hachim que tenía no sé qué queja de él le dijo un día delante de los visires: «vales menos que un perro,» y para colmo de ignominia le hizo dar de bofetadas. Jurando en su furor esponerse á todo ántes que volver á sufrir semejantes tratamientos, Ibn-Merwan reúne á sus amigos, huye con ellos y se apodera del castillo de Alange (al Sur de Mérida), y se pone en defensa. Asediado en esta fortaleza por las tropas del Sultán, y no teniendo víveres, tanto que él y sus compañeros tuvieron que alimentarse con la carne de sus caballos, capituló al cabo de tres meses, cuando le faltó el agua; pero dada la posición desesperada en que se encontraba, obtuvo condiciones que pudieran pasar por ventajosas, pues se les permitió retirarse á Badajóz que en esta época no era todavía una

(7) Abderramen ibn-Merwan, ibn-Yunos.

ciudad murada, y establecerse allí. Habiendo escapado de este modo de las garras del Sultan, Ibn-Merwan llegó á ser para él un enemigo tan peligroso como implacable. Habiendo reunido su banda con otra compuesta tambien de renegados y mandada por uno llamado Sadun, llamó á las armas á los renegados de Mérida y de otros lugares, predicó á sus compatriotas una nueva religion, que era un término medio entre el Islamismo y el Cristianismo, hizo una alianza con Alfonso III, (1) aliado natural de todos los que se rebelaban contra el Sultan, y esparciendo el terror por los campos, pero sin maltratar ni imponer tributos más que á los enemigos del país, los árabes y los berberes, vengó de un modo sangriento sus injurias y las de su patria.

Queriendo reprimir sus fechorías, el Sultan mandó contra él un ejército bajo el mando de su ministro Hachim y de su hijo Mondhir. En lugar de esperar al enemigo, Ibn-Merwan le salió al encuentro y enviando á Sadun á pedir auxilios al rey de Leon se metió en Caracue. (2) Hachim estableció

(1) Esta alianza valió á Ibn-Merwan, el sobrenombre de el Gallego, que los árabes le dan ordinariamente. Ibn-Khaldun, fól. 10 r.

(2) Caracuel se halla entre Ciudad-Real y Al-

su campamento en las cercanías de esta fortaleza, de que se ven aun grandes ruinas, é hizo ocupar la de Monte-Salud por uno de sus tenientes. Poco tiempo despues, este teniente le avisó de que Sadun se aproximaba á Monte-Salud con tropas leonesas auxiliares, pero que, siendo poco numerosas, era fácil sorprenderlas. El teniente se engañaba; las fuerzas de Sadun eran bastante considerables, pero queriendo atraer á los enemigos á una celada, el astuto capitán había hecho estender el rumor de que su ejército era débil. Logró su designio á maravilla. Engañado por las noticias de su teniente, Hachim salió con algunos escuadrones al encuentro de Sadun, éste informado de todo por sus espías le dejó internarse en la montaña. Puesto al asecho le esperaba en un desfiladero, ocultó á los suyos detrás de las rocas cercanas, cayó sobre los enemigos en un momento en que estos

modóvar del Campo. Según el «Maracid,» los árabes lo pronunciaban «Caraquei» y así lo escribe Pelayo de Oviedo, (c. 11;) Véase también «Cartás,» p. 107. Sin embargo, se encuentran igualmente «Caraquer;» (Ibn-Adharí, t. II, p. 105.) «Caraqueri» en Edrisi, t. II, p. 29, pero es una equivocación, debe leerse «Caraquei» con el man. B.

no lo esperaban, é hizo en ellos gran carnicería. El mismo Hachim, herido muchas veces, fué hecho prisionero, despues de haber visto caer á su lado cincuenta de sus tenientes principales. Se le llevó á Ibn-Merwan. Su vida estaba ahora en manos de aquel á quien habia ofendido tan cruelmente, pero Ibn-Merwan tuvo la generosidad de no hacerle ningun reproche, lo trató con todas las consideraciones debidas á su rango y lo envió á su aliado el rey de Leon.

Cuando supo el Sultan lo que habia pasado, se puso furioso, sin duda le afligía la cautividad de su favorito; pero lo que le afligía mucho más y lo que no podía rehusar sin deshonorarse, era rescatarlo de manos del rey de Leon ¡y Alfonso exigía cien mil ducados! Esto era poner á dura prueba al avaro Sultan. Así que hallaba mil razones para dispensarse de pagar una suma tan enorme. «Si Hachim ha sido hecho prisionero, decía, él se tiene la culpa, ¿por qué es siempre tan temerario? No es mas que un aturdido que no sabe lo que se hace, y que no atiende nunca consejos prudentes.» En fin, despues de haberlo dejado gemir en la cárcel dos años, consintió pagar una parte

del rescate. Por su parte Hachim prometió al rey de Leon pagarle el resto mas adelante: le dejó sus hermanos, su hijo y su sobrino en rehenes, y volvió á Córdoba, ardiendo en deseos de vengarse de Ibn-Merwan. Durante este intervalo, éste había asolado los distritos de Sevilla y Niebla, y el Sultan que no podía hacer nada contra él, le rogó que él mismo dictase las condiciones con las que se obligaba á suspender las irrupciones que arruinaban al país. La respuesta de Ibn-Merwan fué altiva y amenazadora. «Suspenderé mis irrupciones y hasta ordenaré que se nombre el Sultan en las oraciones públicas, á condicion de que me ceda Badajoz, que me permita fortificar este distrito y que me dispense de pagar contribuciones y de obedecerle en todo y sinó nó.» Por humillantes que fuesen estas condiciones el Sultan las habia aceptado. Hachim trató ahora de persuadir á su señor, de que en aquellas circunstancias no le sería difícil reducir á este orgulloso rebelde. «Antes decía, era imposible coger á Ibn-Merwan, por que no teniendo morada fija, él y sus ginetes sabian siempre ocultarse á nuestras persecuciones; pero ahora que está encerrado en una ciudad ya es nues-

tro. Podemos sitiarlo, y sabremos obligarlo á rendirse.» Consiguió que el monarca aprobase su plan, y habiendo obtenido su autorizacion para salir con el ejército, se habia adelantado ya hasta Niebla, cuando Ibn-Merwan hizo llegar al sultan un mensaje concebido en estos términos: «He sabido que Hachim marcha hácia el Oeste. Demasiado comprendo que creyendo poderme encerrar en una ciudad, cree haber encontrado la ocasion de vengarse de mí; pero os juro que si pasa de Niebla, quemaré á Badajoz, y volveré á tomar la vida que he llevado otras veces.» El sultan se asustó tanto con esta amenaza, que envió al punto á su ministro la orden de volverse á Córdoba con el ejército, y en adelante, no tuvo mas la veleidad de reducir á tan terrible enemigo.

(1) Así, mientras que los insurrectos se mostraban fuertes y valerosos, el gobierno se mostraba débil y cobarde. Á cada concesion que hacía á los rebeldes, á cada tratado que les otorgaba, perdía algo del prestigio de que tenia tanta necesidad para inspirar respeto á una poblacion mal some-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 37 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 102, 103, 104, 105; Ibn-Haiyan, fól. 11 r. y v.; Chron. Albeld., c. 62.

tida, irritada y mucho más numerosa que sus señores. Los montañeses de Régio enardecidos con las noticias que les llegaban del norte y el oeste, comenzaron á agitarse á su vez. En el año 879 hubo motines é insurrecciones en muchos lugares de la provincia. El gobierno que no desconocía los peligros que le amenazaban por esta parte se alarmó mucho con los avisos que recibía. Diéronse órdenes rápidas y severas. Se echó mano al jefe de una banda temible y se le envió á Córdoba. Se construyeron apresuradamente fortalezas en las alturas que mas convenía conservar. (1) Todas estas medidas irritaban á los Serranos sin amedrentarlos. Sin embargo, había todavía poca cohesión en sus movimientos, les faltaba un jefe de carácter superior, capaz de dirigir hácia un objeto, preconcebido sus vagos arranques de patriotismo. Si tal hombre se presentara, no tendría más que hacer una seña para conmover la población de la montaña y la montaña marcharía con él.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 106.

XI.

Por el tiempo en que los montañeses andaluces comenzaban á agitarse, había en un lugarejo cerca de Hizn-Aute (hoy Iznate) un hidalgo campesino llamado Hafz. Procedía de ilustre familia, pues su quinto abuelo, el visigodo Alfonso, había llevado el título de Conde, (1) pero acomodándose á las

(1) Ibn-Khaldun, (fól. 10 v); Ibn-Adhari, (tom. II, p. 108) é Ibn-al-Khatib, (artículo sobre Omar ben-Hafsan), traen la genealogía completa de Hafz hasta Alfonso, á quien Ibn-Khaldun dá el título de conde con la autoridad de Ibn-Haiyan. Los nombres del hijo, del nieto y del viznieto de Alfonso, son góticos ó latinos, pero desgraciadamente parecen más ó menos alterados en los manuscritos. El padre de Hafz, se llamaba Omar, y su abuelo Djafar-al-islami (el renegado.)

visicitudes políticas y religiosas, ya por estoicismo, ya por apatía, el abuelo de Hafz que bajo el reinado de Haquem I había dejado á Ronda para venir á establecerse cerca de Hizn-Aute, se había hecho musulmán y sus descendientes pasaban por tales aunque en el fondo de su corazón guardasen un piadoso recuerdo de la religión de sus antepasados.

Gracias á su actividad y á su economía, Hafz había reunido una hermosa fortuna. Sus convecinos, ménos ricos que él, lo respetaban y lo honraban hasta el punto de llamarle, no Hafz sino Hafzun, cuya terminación equivalía á un título de nobleza (1) y nada, según todas las probabilidades, hubiera turbado su pacífica existencia, si la mala conducta de su hijo Omar no le causara continuas inquietudes y profundos sinsabores. Vano, altanero, arrogante, de genio turbulento y pendenciero, no mostraba este jóven impetuoso más que el lado malo del carácter andalúz. La menor ofensa bastaba para encenderlo en ira; una palabra, un gesto, una mirada, la intención sola; en

(1) Véase mi edición de Ibn-Adhari, t. II, p. 48 de las notas de M. Slane, «Histoire des Berbers», t. I. p. XXXVII.

más de una ocasión lo llevaron á la granja magullado, con el rostro cubierto de sangre, lleno de contusiones y de heridas. Con semejante carácter debía acabar por matar ó ser muerto. Y en efecto, un día que tuvo una cuestión con uno de sus vecinos sin motivo, le dejó en el sitio. Para librarlo de la horca, su padre desesperado dejó con él la granja, que había habitado su familia tres cuartos de siglo, y fue á establecerse en la Serranía de Ronda, al pié de la montaña de Bobastro. (1) Allí, en medio de aquella naturaleza salvaje, el jóven Omar, que gustaba de perderse en lo mas espeso de las selvas y en las gargantas menos frecuentadas, acabó por tomar el oficio de bandido, de ratero, como diríamos ahora. Cayó en manos de la justicia, y el gobernador le hizo dar azotes. Quiso volver á la casa de su padre, y éste lo echó como á un pillo incorregible. Entónces, no sabiendo qué hacer en España para ganarse la vida, se fué á la costa, se embarcó en un buque que iba á África, y despues de haber llevado durante algun tiempo una existencia aventurera, llegó al fin á Tahor, donde entró como apren-

(1) Ibn-al-Khatib, man. E., artículo sobre Omar ibn-Hafzum.

diz en la tienda de un sastre que era del distrito de Regio, á quien conocía algo.

Estando trabajando un dia con su amo, entró en la tienda un viejo que no había visto nunca; pero que era tambien andalúz, y entregó al sastre un pedazo de tela para que le cortara un vestido. El sastre se levantó al punto, le ofreció una silla y entabló con él una conversacion, en la que el aprendíz se mezcló insensiblemente. El viejo preguntó al sastre quién era este jóven.

—Es uno de mis antiguos vecinos de Regio, que ha venido aquí para aprender mi oficio.

—Hace mucho que dejastes á Regio? le preguntó el viejo á Omar.

—Hace cuarenta dias.

—Conoces la montaña de Bobastro en ese distrito?

—Como que vivía al pié de ella.

—De veras!.. Es que allí hay una rebelion.

—Os aseguro que nó.

—Pues bien, ántes de poco habrá una.

Cayóse el viejo per unos instantes, y luego continuó:

—Conoces tú por aquellos alrededores á un tal Omar, hijo de Hafzun?

Al oir su nombre, Omar palideció, bajó

los ojos y se calló. El viejo lo miró entonces atentamente, y notó que tenía un colmillo roto. Este viejo era uno de esos españoles que creían firmemente en la resurrección de su raza. Habiendo oído hablar muchas veces de Omar, había creído reconocer en él una de esas naturalezas superiores que pueden hacer mucho bien ó mucho mal segun la dirección que se les dé, y presentía que en ese jóven indomable, en ese gran quimerista, en ese bandido de la montaña, había materia para hacer un jefe de partido. El silencio de Omar, su aire confuso, el colmillo que le faltaba, (el viejo había oído decir que Omar había perdido uno en una riña,) le habían dado la seguridad de que era á Omar á quien hablaba, y queriendo ofrecer un noble objeto á la necesidad de actividad que devoraba al fogoso jóven, exclamó: «Piensas desgraciado que manejando la aguja vas á escapar de la miseria? Vuelve á tu pais y toma la espada! Tú llegarás á ser un terrible enemigo de los Omeyas y reinarás sobre un gran pueblo.»

Estas palabras verdaderamente proféticas sirvieron sin duda mas adelante para estimular la ambicion de Omar; pero por lo pronto produjeron en él un efecto muy dis-

tinto. Temeroso de ser reconocido por personas menos benévolas, y entregado al gobernador español por el príncipe de Tahor, que en todo se dejaba guiar por el gobierno de Córdoba, (1) abandonó en seguida la ciudad, llevando por todo equipaje dos panes que acababa de comprar, y que ocultó en las mangas.

Vuelto á España, como no se atrevía á presentarse delante de su padre, fué á buscar á su tío y le contó lo que le había dicho el hombre de Tahort. Este tío en quien se unían una gran credulidad á un espíritu emprendedor, tuvo fé en la prediccion del viejo. Aconsejó á su sobrino seguir su sino é intentar una rebelion, prometiéndole ayudarle con todo lo que pudiera. No necesitó trabajar mucho para convencerlo, y habiendo reunido unos cuarenta mozos del cortijo, les propuso formar una partida á las órdenes de su sobrino. Aceptaron todos y Omar los organizó y se estableció con ellos en la montaña de Bobastro. (880 ó 881), (2) donde se hallaban las ruinas de una fortaleza romana del Municipium Singiliense,

(1) Cf. Ibn-Adhari, t. II, p. 111, l. 5.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 37 v-38 v.

Barbastrense, que los del país llaman hoy «el Castillon.» (1) (a) Estas ruinas eran fáciles de reparar y Omar lo hizo. Ningun lugar podía encontrarse tan bien situado para servir de asilo á una cuadrilla de ladrones ó de partidarios. La roca en que la fortaleza se asentaba, es muy alta, muy escarpada é inaccesible por el Este y por el Sur, de modo que el castillo era casi inexpugnable. Únase á esto, su proximidad á la gran vega que estiende desde Campillos hasta Córdoba. En ella, la partida de Omar podía fácilmente hacer correrías, llevarse ganados é imponer contribuciones ilegales á los cortijos aislados. Á esto se limitaron la primeras hazañas de Omar, pero pronto juzgó que el oficio de ladrón de camino real no era digno de él, y en cuanto su cuadrilla, engrosada con todos los que tenían interés en retirarse de la sociedad y ponerse en salvo detrás de buenas murallas sobre la cima de una roca, llegó á ser bastante considerable, para hacerse respetar de la pequeña guarnición del cantón, comenzó á

(1) Véase sobre Bobastro que se halla á un cuarto de legua del Guadalhorce, y á una legua O de Antequera, mis «Recherches», t. I. p. 323-327.

(a) Véase la nota I al fin de este tomo.

hacer atrevidas expediciones hasta las puertas mismas de las ciudades, y á señalarse por golpes de mano tan audaces como brillantes. Justamente alarmado el gobernador de Regio, se decidió al fin á atacar á este cuerpo de partidarios con todas las tropas de la provincia, pero fué derrotado, abandonando en su fuga hasta su tienda á los insurrectos. El sultan que atribuía este desastre á la impericia del gobernador, nombró otro en su lugar pero éste no tuvo más acierto, pues de tal modo le asustó la resistencia de la guarnición de Bobastro, que hizo una tregua con Omar. La tregua no fué de larga duración, y Omar, aunque atacado en diversas ocasiones, supo mantenerse dos ó tres años en su sierra, (1) pero al cabo de este tiempo, el primer ministro Hachim, le obligó á rendirse y lo llevó á Córdoba con su partida. El sultan que veía en Omar un oficial excelente y en los suyos buenos soldados, lo recibió bondadosamente y le propuso entrar en el ejército. Convencidos de que por el pronto no podían hacer otra cosa aceptaron la proposición. (2)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 106, 107; Nowairi, p. 464; Ibn-Khaldun, fól. 9 v.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 106, 108; Nowairi, página 444; Ibn-Khaldun, fól. 9 v.

Poco tiempo despues, cuando en el verano del año 833 Hachim fué á combatir á Mohamed, hijo de Lope, gefe entónces de los Beni-Casi, y á Alfonso rey de Leon, Omar que lo acompañaba halló ocasion de distinguirse en muchos encuentros y especialmente en la accion de Pancorbo. Sereno y frio cuando era menester y ardiente cuando convenía obrar, fácilmente se concilió la estimacion y el favor del general en jefe; pero cuando volvió á Córdoba no tardó en tener motivos de queja del Prefecto de la ciudad Ibn-Ghanim (1) que, á causa de su ódio á Hachim, tenía el gusto de vejar y de atormentar á los oficiales, que como Omar, gozaban del favor del ministro. Á cada instante les hacía mudar de alojamiento, y el trigo que les suministraba era de la peor calidad. Omar, de génio poco sufrido, no pudo ocultar su resentimiento, y un dia enseñó al Prefecto un pedazo de pan negro y le dije: «¡Que Dios tenga piedad de vos! ¿Se puede comer esto?—¿Quién eres tú, pobre diablo, le respondió el Prefecto, para atreverte á dirigirme una pregunta tan impertinente?» Profundamente indignado volvía

(1) Mohamed ibn-Walid, ibn-Ghanim.

Omar á su casa cuando se encontró á Hachim que iba á palacio, y se lo contó todo. «Ignoran aquí lo que tú vales, y tienes que enseñárselo», le respondió el ministro y siguió su camino.

Disgustado así del servicio del sultan, propuso á sus compañeros volverse á sus montañas á la vida aventurera y libre que habian llevado juntos tanto tiempo. No deseaban otra cosa, así que ántes de ponerse el sol se hallaban en camino de Bobastro. (884)

El primer cuñado de Omar, fué el de apoderarse de nuevo del castillo. Era difícil, porque Hachim que conocía la importancia de esta fortaleza, habia confiado su custodia á una numerosa guarnicion, haciéndola flanquear, además con tantas torres y bastiones, que podía considerársele inespugnable. Pero Omar, lleno de confianza en su buena estrella, no se dejó desanimar. Secundado por su tío, juntó primero algunos hombres resueltos á su tropa, que le parecía demasiado débil, y luego sin dar á los soldados que habia en el castillo lugar de organizar la resistencia, lo atacó atrevidamente y los hizo huir con tanta precipitacion, que no les dió siquiera tiempo de lle-

vase consigo á la jóven amante de su capitán, la que agradó tanto á Omar, que la tomó por muger ó por querida. (1)

Á partir desde este instante Omar, ese José María del siglo IX, que fué mejor ayudado por las circunstancias, no era ya un capitán de bandoleros, sino el jefe de toda la raza española del Mediodía. Él se dirigía á todos sus compatriotas cristianos ó musulmanes y les decía: «Demasiado tiempo habeis soportado ya el yugo de ese sultán que os arrebatara vuestros bienes y os aniquila con forzosas contribuciones. ¿Os dejareis pisotear por los Árabes que os miran como sus esclavos?... No creais que la ambición es lo que me hace hablar así, no tengo otra mas que la de vengaros y libertaros de la servidumbre.» Cada vez que Ibn-Hafzun hablaba así, dice un historiador árabe, los que lo escuchaban le daban las gracias y se declaraban prontos á obedecerlo. También enemigos suyos, los únicos que han escrito su historia, son los que dicen que desde que se hizo jefe de partido se enmendó de sus antiguos defectos. En lugar de ser como ántes orgulloso y quimerista; era afable y

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117, 118.

cortés hasta con el último de sus soldados, así, que los que servían bajo sus órdenes le tenían tanto afecto que rayaba en idolatría, le obedecían con una disciplina y una puntualidad cuasi fanáticas, por grande que fuera el peligro, todos marchaban á la primera señal, por él se hubieran arrojado al fuego. Siempre á su cabeza y siempre en lo mas empeñado de la pelea, Hafzun se batía como un simple soldado; manejaba la lanza y la espada como el más habil de los suyos; atacaba á los más valientes campeones, y no abandonaba la partida hasta que estaba ganada. No es posible portarse con más bizarría ni dar ejemplo de una manera más brillante. Recompensaba generosamente los servicios que le prestaban, concediendo amplísima parte á los de los que más se habían distinguido, y honraba el valor hasta en los enemigos, pues que muchas veces devolvía la libertad á los que habían caído en su poder despues de batirse valerosamente. Castigaba por otra parte á los malhechores rigurosamente. Un espíritu de salvaje justicia presidía á sus decisiones; no exigía ni pruebas ni testigos; le bastaba la convicción de que la acusacion era fundada. Por eso, aunque el bandolerismo está en la san-

gre de este pueblo; gracias á la buena y pronta justicia de su jefe, las serranos gozaron bien pronto de una completa seguridad. Los Árabes aseguran que en este tiempo una muger cargada de dinero podía caminar sola sin que nada tuviese que temer. (1)

Cerca de dos años pasaron sin que el Sultan nada sério emprendiera contra este temible campeón de una nacionalidad mucho tiempo oprimida; pero á principios de Junio de 886, Mondhir, presunto heredero del trono, fué á atacar al señor de Alhama, aliado de Omar y renegado como él. Omar corrió al socorro de su amigo y se encerró en Alhama. Despues de sostener un sitio de dos meses, los renegados que comenzaban á escasear de víveres, resolvieron abrirse paso á través de los enemigos; pero la salida no fué feliz. Omar recibió muchas heridas, le mutilaron una mano, y despues de haber perdido muchos soldados, se vió obligado á volverse á la fortaleza. Felizmente para los renegados, Mondhir recibió despues una noticia que le obligó á levantar el sitio, y volver á Córdoba: su padre acababa de morir.

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117, 118.

(4 de Agosto de 886. (1) Omar se aprovechó de este acontecimiento para estender sus dominios. Dirigióse á los castellanos de gran número de fortalezas, invitándoles á hacer causa comun, y todos le reconocieron por soberano. (2) Desde entónces fué el verdadero rey del Mediodía.

Sin embargo, había encontrado en el Sultan que acababa de subir al trono, un adversario digno de él. Era un príncipe activo, prudente y bravo; los clientes Omeyas creen que si hubiera reinado un año más, hubiera obligado á todos los rebeldes del Mediodía á deponer las armas. (3) Opuso á los rebeldes una enérgica resistencia. Los distritos de Cabra, de Elvira y de Jaen fueron teatro de una lucha encarnizada, en que alternaron los triunfos y los reveses. (4) En la primavera del año de 888, Mondhir marchó en persona contra los insurrectos, se apoderó por el camino de algunas fortalezas, asoló los alrededores de Bobastro, y fué á sitiar á Archidona. El renegado Aichun, que mandaba allí, no estaba exento

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 109.

(2) Ibn-Adhari, t. II, p. 117.

(3) Ibn-Adhari, t. II, p. 123; cf. p. 117, c. 3.

(4) Ibn-Adhari, t. II, p. 118.

de esa fanfarronería, que se reprocha aun á los andaluces. Seguro de su valor, de que nadie dudaba, repetía á cada paso: «Si me deajo atrapar por el Sultan, le permito que me crucifique con un cerdo á mi derecha y un perro á mi izquierda.» Olvidaba que el Sultan tenía para cogerlo un medio mas seguro que la fuerza de las armas. Algunos vecinos de la ciudad se dejaron ganar, prometiendo á Mondhir entregarle vivo á su jefe, y un dia que Aichun entró sin armas en casa de uno de estos traidores, lo sujetaron de improviso, lo cargaron de cadenas, y fué entregado al Sultan y crucificado del mismo modo que él habia dicho. Archidona se rindió poco despues. Luego el Sultan hizo prisioneros á los tres Beni-Matruh, que poseian castillos en la Sierra de Priego, y habiéndolos hecho crucificar con diez y nueve de sus tenientes principales fué á poner sitio á Bobastro. (1)

Seguro de que su roca era inconquistable, Ibn-Hafzun se inquietaba tan poco con este sitio, que no pensaba más que en jugarle una picardigüela al Sultan. La broma y la alegría eran propias de su carácter. Envió,

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 117-120.

pues, proposiciones de paz á Mondhir. «Iré á habitar á Córdoba con mi familia, le mandó á decir, seré uno de vuestros generales, y mis hijos serán vuestros clientes.» Mondhir, cayó en el lazo. Hizo venir de Córdoba al Cadí y á los principales teólogos, y les hizo redactar un tratado de paz en los términos propuestos por Ibn-Hafzun. Este se presentó entónces al Sultan que había establecido su cuartel general en un castillo cercano, y le dijo: «Os ruego que me hagais el favor de enviar un centenar de mulas á Bobastro para trasportar mis equipajes.» El Sultan se lo prometió, y poco despues, cuando ya el ejército se había alejado de Bobastro, fueron enviados los mulos pedidos con una escolta de diez centuriones y ciento cincuenta caballos. Poco vigilado, porque creian poder fiarse de él, Ibn-Hafzun aprovechó la noche para escaparse, volvió á Bobastro lo mas ligero que pudo, mandó que lo siguieran algunos soldados, atacó la escolta, les quitó los mulos, y los puso en seguridad detrás de las escelentes murallas de su castillo. (1)

(1) Ibn-Adhari, t. II, p. 121; Nowairi, p. 465. Este último autor ha tenido la singularidad de hacer sitiar á Ibn-Hafzun en Toledo, ciudad donde nunca puso los piés.

Es por consiguiente muy disculpable el error ca-

Furioso por haberse dejado engañar, juró Mondhir, en su cólera, poner de nuevo sitio á Bobastro, y nó levantarlo hasta que se entregara el pérfido renegado. La muerte le dispensó de su juramento. Su hermano Abdallah, que tenía exactamente su misma edad, y que ambicionaba el trono, pero que tenía perdida la esperanza, si Mondhir no moría ántes que sus hijos estuvieran en edad de sucederle, ganó al cirujano de Mondhir, que le sangró con una lanceta envenenada, y el 20 de Junio de 888 Mondhir exhaló el último suspiro, despues de un reinado de cerca de dos años. (1)

Avisado por los eunucos, Abdallah que se hallaba todavía en Córdoba, llegó al campamento á toda prisa, comunicó á los visires la muerte de su hermano, y se hizo prestar juramento, primero por ellos, luego por los coreiscitas, los clientes Omeyas, los empleados de la administracion, y los jefes del ejército. Como los soldados murmuraban mucho de la resolucion que había tomado

pital que se atribuye á Conde que lo tradujo, cuando cayó en él un autor arábigo á quien debía suponer bien enterado (A. del Tr.)

(1) Véase mi edicion de Ibn-Adhari; Introduccion, p. 44-46.

el Sultan, porque estaban convencidos de que Bobastro era inespugnable, era de temer que se desbandaran en cuanto supieran que Mondhir había muerto. Un oficial llamó la atención de Abdallah sobre esta disposición de ánimo, y le aconsejó mantener oculta la muerte de su hermano, y mandarle enterrar en las cercanías. Pero Abdallah rechazó este consejo con una indignación muy bien representada. «¡Y qué! ¿he de abandonar el cuerpo de mi hermano á merced de gentes que tocan campanas y que adoran cruces? Jamás, aunque tuviera que morir en su defensa, lo llevaría á Córdoba!» Anuncióse, pues, la muerte de Mondhir á los soldados, para los que fué la mejor noticia que hubieran podido recibir. Sin esperar las órdenes del nuevo Sultan, se prepararon para irse en seguida á sus casas, y mientras que Abdallah volvía á Córdoba, disminuía á cada instante el número de sus soldados.

Ibn-Hafzun, que no supo la muerte de Mondhir hasta que ya el ejército iba de camino, se apresuró á aprovecharse del desorden que caracterizaba á esta precipitada retirada. Ya se había apoderado de muchos rezagados y de un botín considerable

cuando Abdallah le envió su paje Fortunio, para rogarles que no molestasen una marcha que era un entierro, y asegurarle que no quería más que vivir en paz con él. Sea generosidad, sea cálculo, el jefe español abandonó la persecucion en seguida.

Cuando Abdallah llegó á Córdoba, apenas llevaba consigo cuarenta caballos; todos los otros soldados le habian abandonado. (1)



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Haiyan, fól. 2 r.-4 r.

XII.

Abdallah tomaba el poder en fatales condiciones. Minado el Estado mucho tiempo hacía por antipatías de raza, parecía caminar rápidamente á su descomposicion y á su ruina. Si el sultan no hubiera tenido que hacer frente mas que á Ibn-Haiyan y á sus serranos, menos mal; però la aristocracia árabe aprovechándose del general desórden comenzaba tambien á levantar la cabeza y aspiraba tambien á la independendia. Y era todavia mas temible para el poder monárquico que los mismos españoles. Así lo creía al ménos Abdallah. Y como le era preciso

transigir con los españoles ó con los nobles para no quedarse enteramente aislado, quiso mejor transigir con los primeros. Ya ántes habia dado pruebas de benevolencia á algunos de ellos; habia tenido íntima amistad con Ibn-Merwan, el gallego, cuando éste servía aun en la guardia del sultan Mohamed. (1) Ahora ofreció á Ibn-Hafzun el gobierno de Regio, á condicion de que le reconociera por soberano. Al principio, el éxito pareció justificar esta nueva política. Ibn-Hafzun le prestó homenaje y le dió una prueba de confianza, enviando á la córte á su hijo Hafz, y á algunos de sus capitanes y por su parte el Sultan hizo todo lo que pudo para consolidar la alianza; trató á sus huéspedes de la manera mas afectuosa y los colmó de regalos. Pero al cabo de algunos meses, cuando Hafz y sus compañeros volvieron á Bobastro, dejó que sus soldados saquearan las aldeas y los lugares hasta las mismas puertas de Osuna, de Écija y aun de Córdoba, y luego cuando fueron batidas las tropas que el Sultan envió contra ellos, rompió abiertamente con él y echó á sus empleados. (2)

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 370.

(2) Ibn-Haiyan, fól. 37, v., 38, r.